

México, D.F. 21 de Agosto de 1952. 26

Sr. Antonio Acunedo Escobedo,  
Reforma 503-310.  
Ciudad.

Mi querido Antonio:

Te escribo "a lomo de pluma" pues la otra noche me robaron la máquina de escribir, quedándome sin brazos. Así es que tendrás que soportar los garabatos de mi vergonzante caligrafía.

Ya habrán adivinado que el motivo de esta carta es referirme a tu libro Los días de Aguascalientes, que me entregó Andrés Henestrosa y que he leído intencionalmente, en dos noches, para no agotar la lectura tan así no más. A buen ríno, lento castor, que no es cosa de todos los días un saber como esto. Quiero decirte de una vez, y sin andar me por las ramas, el encanto y la impresión mobilísima que me ha ocasionado tu libro. Yo soy provinciano de piel adentro, tú lo sabes, y además, y modestia aparte, un buen inspector de alcohol emotivo. Así es que ya pueden suponer cómo van andado mis brisas de retroponer por estar arboladas de tu prosa. Arboladas te digo, y me quedo corto: ellas me han dado música y silencio, armonía y nostalgia. Sobre todo nostalgia. Bien hablar de "Eros silencioso Saberes elementales, sin olvido, que nos producen una nostalgia torturada a los desterrados de la provincia", y eros saborear - que van de la Nianda al paisaje - me han torturado ahora en que he terminado la lectura de tu libro y quedo con los recuerdos humedecidos en silencio, como eros mejor filtro de piedra, obispaletas y cachuzos, que todavía existen en algunas casonas perdidas.

Mi nostalgia se parece a los quillos de veleta: quietos están si no hay "norte" pero en cuanto sopla algún eolo dirigen quieto, inquietan su silueta y marcan la dirección, muy sensible a la travesura del cambio. Así, esta lectura de Los días de Aguascalientes ha venido a remover mi mejor mi prosa, mi indeclinable nostalgia provinciana. Viento ha sido tu lectura, viento bueno que me arranca los ojos enfermos y me deja los puros, todo en un complot de rumores sin fin, como eros con ciertos del otario en los por que.



Pero no diva quemur y haqamur orden.

En primer lugar, debo destacar el aspecto físico del libro. Tú y Francisco Díaz de Jesús son un par de bandidos de la tipografía que no le dejan a uno ni el reintegro. Así los tipos de imprenta, así la permisividad para corregir, así el gusto, así todo lo que pone al servicio del libro, que es el único milagro realmente auténtico del hombre sobre la tierra.

Por tanto, debemur odiar para toda la vida era condenada a de miene, que leo en la penúltima línea del prólogo, y que no se pudo a justar. ¡Un gramo de errata en una tonelada de sabiduría tipográfica!

y luego eran capitularer tan llevar de tradición y entendimiento del oficio, eran capitularer que son como las flores que mientras mujeres se apresuraron a poner en la sala cuando hay amenaza de visita mayor. Y el detalle de olvidar, con memoria, la numeración de las páginas que comienzan a finalizar o comienzan de capítulo, de tal que es como desgarrar un poco lo intachable, como desatortarse el último ojo del chaleco para que, por contraste, resplandezca más el empaque!

En fin: cero de mencionarte detalles que conocer mejor que yo, pues mis conocimientos tipográficos son iguales a cero. Con decirte que el término eran, de la página 50, me obligó a una consulta de diccionario, queda indicada mi ignorancia para el mester de tipografía, que, como el de los juglares, se realiza para el entretenimiento del mundo.

No quiero dejar de felicitarte por el procer alivio con que están investidas las páginas de mayor intensidad narrativa. Me refiero a las perulitas maravillosas de capitularer como Paura de la lluvia, del quinquí y de los platos, que son como los silencios alborozador del rumor de yer, que son como los silencios alborozador del rumor de yer.

Tu pluma, como los Padres nuestros de tu rosario de Aver. No había vuelto a ver este tipo de imprenta tan bien empleada, tan elegantemente distribuida; las perulitas son ya, en sí mismas, una imitación al recogimiento de la lectura, equivalen a alfombras ópticas por donde leemos más despacio y nos desligamur con atenciones afinadas, como de con tacer de goma, para que nada turbe el sosiego y la concentración de la mente.



Y aqui es donde aplaudo la justicia del prólogo - que para mí resultó más parco de lo que deseaba - al afirmar que tu libro tiene estirpe azoriana, todo matiz, confianza y tono menor. Matiz, Confidencias y Tono que sólo pueden ser alcanzados por escritores que hayan domesticado los potrillos salvajes de la vehemencia, que hayan saturado sus ojos con praderas enteras de renegones escritores, que tengan, sobre la turbamulta de las pristas o urbanas, el digno, el valeroso poder de la lentitud del trabajo expresivo, ese ritmo como en arcos de 90 grados por donde se dispara para la flecha que va a dar al estilo.

Bon fragmentos tuyos y de Azorín - el Azorín de Far Noster - podríamos construir un moderno diálogo heleno. Mi-  
ralo si no:

- Azorín: Las nubes son la imagen del Tiempo.
- Antonio: La lluvia no tiene prisa por llegar.
- Azorín: Diríase que las nubes son ideas que el viento ha condensado.
- Antonio: ¡Oloquemos sin reparo la sabiduría de la lluvia para practicar los normas esenciales - ponde-  
ración, cortesía - a una armoniosa con vivencia humana.

Y así, mientras Azorín se dispara a la idea, tú vas al acto, que es resultado de la idea; tú vas a la lluvia, que es la concreción del amor y su desprendimiento.

Pero no sólo es la lluvia, sino el quinqué y las plagas, que han sido a la provincia lo que la conversación a la amistad: confidencia y solaz.

Quiero estar Pausan y me voy libro adentro, goloro de olfatos. Pares entonces como una eroba mir rines-  
mez de polvo, donde yacen los tesoros desvencijados de la memoria, pues ya sabes que la provincia es fu-  
misma en todas partes, y yo, que vengo de lejor, la her-  
mano con la tuya, encontrando iguales fantasma.  
Esa Blasa de tu cuadro, hermana es de las piadoras  
sirvientas de mi infancia, de las que



por cierto alaba el primer escritor nativista de Costa Rica, Manuel González Zeledón ("Magón"), en la forma siguiente: "Ya se acabaron, ya todas, sin excepción, fueron a recoger de manos de su creador el merecido y fierro galardón, el Paraíso celestial prometido a los buenos, a los humildes, a los de corazón noble y generoso". Y también: "Su abuelo, el de todas, debió remontarse a las Agares del Antiguo Testamento y a las Glestis del Nuevo".

Y los deliciosos Don Norberto, Don Miguel y Don Arturo que aparecen en el primer capítulo - cuyo título, por cierto, es reparecer en el primer capítulo - me recuerdan "a la medida" nada menor llari de lo mar fino - me recuerdan "a la medida" nada menor que a mi bisabuelo Don Alejandro Bardona y su íntimo amigo el maestro Don Pilar Jiménez, pur autor "padecían de música" y eran atildador y enuplidos sacerdote de Euterpe, cuyos galanteos ensayaban no precisamente de 7 a 10 de la noche, sino de 9 a 11 de la mañana, los muy ociosos. Y para que decerte que tu Gama Glem se confunde con mi Gria Ponedano, una dorada espiga que nunca correspondió a mis constantes requerimientos, y que ahora debe estar envestida en una segunda mamá?

Por todo paster - salvo aquellos acontecimientos muy individuales - salen de tu libro costumbres y catástrofes sentimentales parecidas a las que yo viví, o semejantes a las que debieron ocurrir cuando yo estaba en el limbo. ¡Preciosa universalidad de la provincia, que siendo original se desplaza por nuestro pueblo con una misma fuerza, la del nacimiento!

Picón Salas, tu fino prologoista, lo dice claramente desde su sensibilidad sumericana, más lejano que la de América Central: "Como en un trasfondo común de tradición y naturaleza, podemos entender los escritores provincianos de América..." y tú informaste que los provincianos mexicanos no son tan distintos a los de Venezuela.

Quiero ahora decerte la buena impresión que me ha causado el tratamiento dado al libro. Descubriste que la lluvia no tiene mira por llegar, y es descubrimiento de poeta refleja los métodos privados de tu trabajo de escritor. Eses de los que escriben despacio, sabio y conscientemente, cuidando la unión del concepto con la imagen, y además, preocupado de los resultados físicos de la frase. Yo te



Conocía como un escritor en estado de potencia, lleno de epicio tácito, mas no había tenido la dicha de encararme de plano con un libro tuyo. Este libro tiene apenas 90 páginas de texto (Flaubert empleó 30 para su Herodiade), pero un texto que proclama altamente tu linaje creador, que ya había dispersado en artículos y experiencias.

Voy festejando tu sabia y tremenda ironía, así como la forma en que destacan la solemnidad de lo cursi. Por otra parte, fue un acierto titular Pausar a los acendros. Admiro con ello, en Tor diár de Aguacalientes, dos clases de prosa: una interna y de meditación, y otra externa y de observación. Las dos confluyen en la unidad de la obra, que se va desenrollando en series de cuadros para rematar en la frase final "y lo demás fue silencio". Haré este un libro equilibrado y vibrante, un libro triangular cuya superficie obtengamos multiplicando la base por la mitad de la altura. La base es la tierra y la altura la emoción que esa tierra ofrece en sus catácticos regalos. Comienza con un aire fresco de Mozart, y termina con un fortísimo de Wagner. El virgenno concierto de Don Norberto, a las nueve nocturnas profundas y misteriosas del cantero Foucaudier, cuyo saludo nos introduce en la noche, debajo de los estrellar, donde comenzamos a ~~hacer~~ ser

cia nos eternos.

-o-

Te gustará saber que en este momento son las 4 y 10 de la mañana. He pasado parte de la noche escribiendo, y he ido despacio, para no tachar casi nada de lo que voy sintiendo. Esta es la hora y en que los curar se lavan las manos para las hostias, en que los quillor seucan al bid y en que van saliendo los panes de las hornos. Bella hora. Pero ya mis ojos parecen lamparas sin aceite. De manera que termino en miá-dote una fervorosa felicitación por este libro que me acobras de regalar, y del que podemos decir que no tiene sombra.

Tu devoto amigo,  
Cardona Peña

Alfredo Cardona Peña.